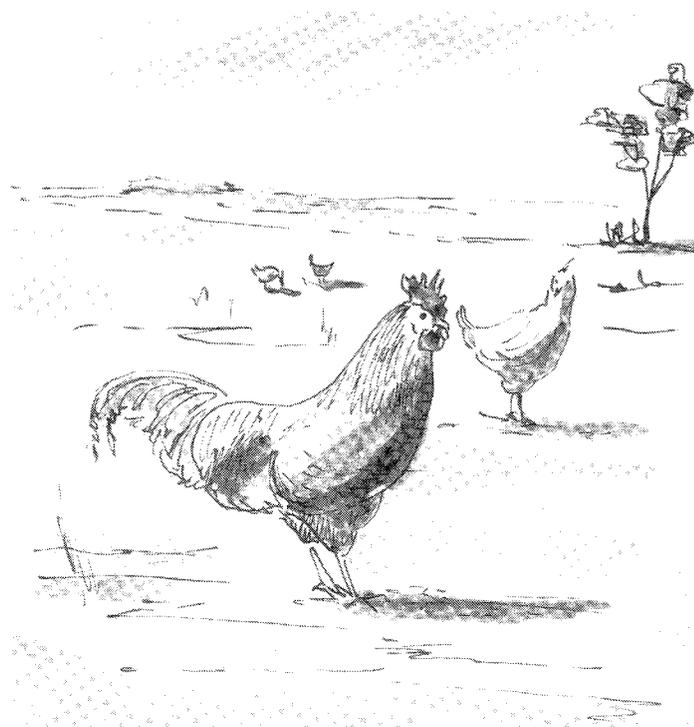


EL AVERÍO



En todos los cortijos hay una colección más o menos nutrida de aves de corral; gallinas, pavos, palomas y, si hay agua cerca, también patos. Es lo que se llama “el averío”, que no puede faltar en ninguna casa de campo por lo mucho que contribuye al equilibrio de la economía familiar. Los conejos, que tampoco faltan en corrales y hoyos, entran también en este epígrafe del “averío” (de aves) aunque no sean aves.

El averío es como un patrimonio exclusivo de las mujeres; algo así como un negocio personal del ama de casa, independiente del conjunto de la explotación agrícola, y en el cual no suele intervenir para nada el hombre. Es la mujer la que quita, pone, compra, vende y cambia, sin dar la menor cuenta al marido de este tejemaneje con los animales pequeños. En contrapartida, el hombre se reserva la potestad absoluta sobre los animales grandes: las bestias, el ganado y los cerdos. Si bien hay que señalar que esta potestad del hombre no es tan amplia como la de la mujer sobre el averío, ya que las decisiones tocantes a los animales grandes suele tomarse de mutuo acuerdo o, al menos, tomando el parecer de la mujer, quizás por aquello de que “el consejo de la



mujer es poco, pero el que no lo toma es loco”, sentencia que se tienen muy en cuenta en el campo.

Del negocio del averío, las gallinas son las que aportan la mayor parte del beneficio gracias a los huevos, que constituyen una especie de moneda corriente para la compra de ciertos artículos de consumo. De aquí que las gallinas sean también mayoría en el conjunto del averío, y que sean objeto de una mayor atención por parte de la dueña. En realidad esta atención no es mucha, ya que sólo se reduce a echarles un poco de comida por la mañana y otro poco por la tarde, generalmente cebada o granzas, y a procurar que no les falte agua en el tiesto de beber. El resto de la alimentación se encargan ellas mismas de buscarlo picoteando libremente por los alrededores del cortijo.

La venta de los huevos, pollos, conejos y pavos corre, como es natural, por cuenta de la mujer, y el dinero obtenido va directamente a su faltriquera sin pasar por ningún control del marido. Es de este dinero de entrada continua, de donde sale normalmente el gasto menudo de las casas de campo; es decir, de las cosas que es imprescindible comprar de la tienda o de los vendedores ambulantes porque no se producen en la propia finca.

En estas compras, sobre todo cuando se hacen a los vendedores ambulantes, es cuando los huevos se convierten en moneda contante, pero no utilizándolos al modo primitivo del trueque de una cosa por otra, sino valorándolos previamente al precio del mercado para atribuirles su justa equivalencia monetaria. Tal sistema exige que los vendedores ambulantes que recorren los cortijos estén perfectamente informados de la cotización de los huevos en el último mercado semanal, lo que a efectos prácticos viene a ser una cosa parecida a la cotización de la bolsa de valores.

Calculo que entre gallinas adultas, pollos para carne y pollas para renuevo de plantilla deben pasar del medio centenar los bichos que picotean alrededor de la casa desde que comienza a despuntar el día hasta que se pone el sol. Eso sin contar la manada de pavos, que forman grupo aparte. Las gallinas son de todos los colores; blancas, negras, rojas, pintadas de gris y blanco, leonadas, y hasta de color indefinido.

Esta caótica mezcolanza de plumajes es consecuencia de haber nacido todas en la casa, incubando los huevos que ellas mismas ponen, que ya de por sí van bastante revueltos. La única selección que se hace de los mismos para ponérselos a la llueca de turno es la del tamaño; simplemente que sean gordos.

Por ley natural, los pollitos deben sacar el plumaje de la gallina madre y del gallo padre, pero como se

empieza por mezclar en la incubación huevos de distintas gallinas, ya tenemos de entrada una primera causa de variedad, que viene complicada con la anárquica actuación de los gallos.

En este averío de la tía Concepción La Pencha, hay dos gallos de plantilla, uno de plumaje rojo y otro de plumaje negro metálico; ambos de magnífica estampa y de incansable actividad reproductora. Se pasan todo el santo día montando gallinas. Al parecer han llegado los dos a un acuerdo para repartirse la masa de gallinas en dos grupos más o menos iguales que campean independientes, sin que surja entre ellos pelea por quitame esa gallina. Con los que sí tienen que andar listos estos dos gallos padres, el rojo y el negro, es con los pollastres; el nutrido grupo de pollos ya adultos y con méritos sobrados para presidir una buena sartén de arroz, que no pierden ocasión de montarse en las gallinas al menor descuido de sus respetables papás. Naturalmente, este intrusismo de los pollastres en la labor de reproducción contribuye en buena parte al revoltijo de plumajes que se aprecia en el conjunto.

Las gallinas y los pollos duermen en cuchitril adosado a la cuadra de las bestias, que tiene salida directa a la calle a través de un agujero bajo a modo de gatera. Por este agujero entran y salen las aves cuando les place, sólo utilizan el agujero dos veces al día, una, cuando salen al amanecer, y otra, cuando se recogen al ponerse el sol. Eventualmente también lo utilizan a media mañana algunas gallinas ponedoras para cumplir la importante tarea de poner el huevo, pero no son todas, porque muchas tienen el capricho de poner en la pajera, y alguna en los pesebres.

Como expresión comparativa, se suele decir de las personas poco dadas a trasnochar que se acuestan a la hora de las gallinas. Y en efecto, las gallinas se recogen siempre con la luz del día, pero en cambio, tienen la sana costumbre de madrugar

hasta la exageración. Se les puede ver picoteando por los alrededores de la casa, cuando apenas la luz del incipiente día permite distinguir un hilo blanco de otro negro, sin embargo, no cabe la menor duda que ellas ven perfectamente con esta escasa luz, puesto que no cesan de picotear del suelo.

He observado que recién salidas del dormitorio no se alejan demasiado de la casa, y ello se debe a que saben por experiencia que en cuanto se levante la dueña les llamará para echarles la primera comida del día. Como la ración de grano amasijo suele ser más bien escasa, y terminarse ante que las ganas de comer, ellas han caído en la cuenta, sobre todo las gallinas viejas con experiencia y saber, que no conviene alejarse mucho del comedero, a fin de no perder luego tiempo en el camino cuando suene el alegre ¡Pili! ¡Pili! ¡Pili! de llamada de la tía Concepción.

El llenar más o menos el buche de grano es cuestión de aprovechar los segundos.

El reparto de la comida a las gallinas es un espectáculo bastante entretenido y hasta emocionante, porque nada más lanzar la tía Concepción la primera llamada de ¡Pili! ¡Pili!, comienzan a acudir al punto de cita aves procedentes de todos los puntos del contorno en vertiginosa carrera. Es algo que recuerda la explosión de una bomba con metralla de aves, pero al revés, que en lugar de salir las aves disparadas hacia fuera, vienen implosionadas hacia adentro, todas en línea recta y a una velocidad increíble. Es lógico que los animales corran con tanta ansiedad, puesto que se trata de una carrera contra reloj con una meta muy definida: quien antes llegue al comedero, más granos mete su buche.

Hay una excepción, sin embargo, que son los gallos padres, el rojo y el negro, los cuales no participan en esta alocada carrera de la plebe ga-

llineril. No, ellos acuden, como es natural, a la llamada al rancho, pero lo hacen sin precipitación, con andar sereno y majestuoso, como corresponde a su alto papel de jefes del gallinero. Alguien tiene que dar ejemplo de mesura y dignidad a la hora de comer. Lo que si hacen los dos majestuosos gallos cuando llegan al punto donde la plebe se amontona disputándose los granos, es abrirse paso a picotazos; sin perder su respetable porte, pero a picotazo limpio, para abrirse paso franco y adueñarse del sector más nutrido de comida. Una vez establecido su feudo en el comedero, comen sin precipitación y sin temor a la competencia, porque sus potentes picos imponen un gran respeto a la manada.

Una vez que terminan lo que podríamos llamar el almuerzo, o lo que es igual, la primera comida de la mañana, las aves se dispersan por los alrededores en busca de un complemento alimenticio, picando todo lo que encuentran sobre la tierra y debajo de ella, desde hormigas a gusanos. El estercolero y, por extensión, cualquier montón de basura es para ellas un estupendo restaurante y punto de reunión. En el estiércol deben encontrar infinidad de bocados deliciosos, porque ellas no paran de escarbar con sus patas y dar picotazos. Yo he intentado en dos o tres ocasiones, utilizando incluso lupa, descubrir que es lo que pescan en el estiércol, y aunque he removido la capa superficial del montón, tal como hacen ellas, no he descubierto absolutamente nada que pudiera darme una pista y siempre encuentran algo nuevo que picar. No hay duda que están dotadas de una vista agudísima.

En íntima relación con el estiércol y la basura, hay otra cosa que les pirra comer a las gallinas, que son los excrementos humanos. No se pierden ni uno solo de cuántos producen los habitantes del cortijo, que al no disponer de retrete se ven obligados a cumplir sus necesidades corporales donde mejor les parece, bien en la cuadra, bien en el corral, o bien

en plena calle, a espaldas de la casa o en mitad de las palas chumberas que la rodean. Este sistema tan expedito de cagar en cualquier parte sería fatal en los pueblos, que se verían llenos de porquería por todas partes, pero en el campo es perfectamente aceptable porque no se nota que la gente cague. Y no se nota, porque las gallinas tienen un especial cuidado de hacer desaparecer la mierda apenas cae al suelo. Es tan atrayente la afición a este manjar, y de tal modo lo buscan, que en el cortijo hay gallinas viejas, de esas que saben latín, que acechan con cuidado a las personas que entran en la cuadra o en el corral, o que caminan hacia la espalda de la casa, para seguir las a prudente distancia y esperar con toda cachaza a que la persona en cuestión termine de hacer su necesidad para comerse lo que echa.

Le aseguro al lector que esto no es ninguna fantasía.

Debo aclarar, que aunque no hubiese gallinas para ejercer este eficaz labor de limpieza, tampoco podrían verse porquerías en los cortijos, porque a falta de gallinas están los perros, que también le meten mano a este manjar, y no digamos nada de los pavos, que sienten tal atracción por los excrementos, que hasta se pelean entre ellos por comerlos.

Y ya que he mentado los pavos, vamos con ellos.

En el cortijo hay una manada de estos animales; un par de docenas entre machos y hembras, todos adultos y en fase de engorde para la Pascua. No se mezclan con las gallinas ni a la hora de comer, porque ellos comen aparte, y además un pienso distinto. A los pavos les amasa la tía Concepción un revuelto de harina de cebada y alfalfa picada por las mañanas y por las tardes les echa un panizo en grano y cebolla picada. Se les proporciona un cuidado más esmerado que a las gallinas, porque lo que interesa es que

engorden y ganen peso para su venta. Son tremendamente voraces y comen todo lo que cae al alcance de sus poderosos picos, incluida la carne y el pescado. Los he visto disputarse ferozmente las tripas de un conejo, las gañas del pescado y una culebra viva.

Los pavos no duermen en el mismo cuchitril de las gallinas, sino que lo hacen en las tenadas del corral del ganado donde disponen de un dormitorio particular. En el invierno lo hacen subidos en unos palos dentro de las tenadas, pero en cuanto llega el buen tiempo cambian el dormitorio bajo techado y duermen al raso sobre las tapias del corral. Como ahora es verano, duermen al fresco, y en cuanto oscurece ya están todos subidos en la tapia formando una montera de plumas negras. Se colocan todos en fila, unos pegados a otros sin apenas dejar claros, y todos, por alguna misteriosa razón, con la cola hacia el interior del corral y la cabeza hacia el exterior. Probablemente es una medida instintiva de precaución en orden al peligro, pues en caso de existir, sólo podría venirles de fuera, y es más fácil afrontarlo de frente que de cola. Es una simple suposición mía.

Como la tapia del corral es bastante alta, han aprendido a volar para alcanzarla, aunque lo más correcto sería decir que han reaprendido, puesto que los pavos salvajes que aún viven en algunos puntos de América vuelan perfectamente. Estos, sin embargo, poseen unas facultades de vuelo muy limitadas, sobre todo para despegar del suelo, lo cual les obliga a realizar todas las tardes unos cálculos muy precisos para alcanzar el borde de la tapia-dormitorio. Es curioso ver cómo evolucionan en el suelo mirando hacia la cúspide y la base de la tapia, como si trataran de medir un ángulo de gran importancia para la operación que sigue. Cuando al fin parece que han encontrado el punto clave para el despegue, hacen unas cuantas flexiones de alas a modo de

calentamiento, luego aceleran y arrancan a volar con un ruidoso agitar de plumas. Es evidente que no están capacitados para elevarse en vertical, y se valen de esta artimaña para alcanzar la tapia en vuelo inclinado.

La salida por las mañanas es mucho más fácil, pues todo lo que tienen que hacer es lanzarse al vacío y aletear hasta el punto que deseen aterrizar. En estas condiciones de despegue partiendo de un punto elevado, pueden hacer vuelos de hasta cien metros de distancia, aunque se aprecia que les cuesta un esfuerzo enorme mantenerse en el aire.

Una vez que reciben su ración de amasijo por las mañanas, los pavos se dedican a pacer en manada, sin preocuparles mucho el alejarse de la casa. Su manjar predilecto en estas correrías a campo abierto, son los saltamontes, que cazan con una habilidad asombrosa; yo creo que hasta los enganchan al vuelo. Pero esta debilidad por los saltamontes no impide que busquen con avidez otros bichos, tales como escarabajos, arañas, lagartijas, ranas, lagartos y culebras, si se ponen a tiro de sus picos. Para cazar culebras emplean una táctica muy particular. El pavo que la descubre primero emite una llamada de alarma, y enseguida acuden todos los de la manada, forman un corro cerrado alrededor de la culebra, que por lo general suele enroscarse para defenderse, y la destrozan a picotazos, sin que el pobre reptil pueda zafarse del cerco. Esta misma táctica de ataque en grupo compacto la utilizan también, aunque parezca increíble, con las liebres y con los conejos que sorprenden encamados. Los acorralan con una agresividad asombrosa, y si el conejo o la liebre sorprendida no acierta a reaccionar rápidamente saltando de la cama, lo cosen a picotazos y se lo comen.

Esta sorprendente agresividad de los pavos, que parecen ser unos animales pacíficos y hasta tontos, se manifiesta en toda su crudeza en las peleas que

mantienen entre sí los machos por cuestiones de amor. Entonces su ferocidad parece no tener límites.

Su forma de pelear consiste en trabarse fuertemente de los picos, para lo cual los contendientes se los presentan, uno al otro, bien abiertos y en posición adecuada para el enlace mutuo. Una vez que los picos están trabados, cada pavo ensaya por su cuenta todos los movimientos posibles, ayudándose con sus fuertes patas y alas, para ver la manera de darle la vuelta al contrario y troncharle el cuello. Así, tal como suena. Podrían matarse a picotazos como hacen los gallos de pelea, pero no, ellos el pico sólo lo utilizan como tenaza para tratar de partirse el cuello. Es muy difícil lograr este empeño, porque casi siempre el rival en peligro encuentra la manera de zafarse de una llave fatal, pero ellos lo intenta una y otra vez y no cejan de su propósito durante horas. Su terquedad en el combate parece no tener fin. Y sirva como ejemplo de esta feroz terquedad el siguiente ejemplo que yo presencié.

Una mañana se enzarzaron a pelear dos pavos, precisamente cuando se les iba a poner el amasijo. No había manera de separarlos, ni aún colocándole comida aparte; ellos quería pelear. Entonces se le ocurrió a uno de los hijos de la tía Concepción, atarlos de la pata con una guita, colocándolos en estacas separadas, pero con la separación justa para que sus picos quedaran muy próximos, pero sin llegar a tocarse. Pues bien, aquellos dos pavos se tiraron todo el santo día con la pata tiesa, tratando de romper la guita que los sujetaba y con los picos abiertos en un afán desesperado por trabarlos. Se les puso comida y agua, pero se pasaron el día en ayunas, pensando sólo en su interrumpida pelea.

Ahora el lector se preguntará cómo acabó aquello, y le diré que de una forma muy sencilla y bastante original. Cuando a la tarde llegó el pastor con el ganado y vio la situación de los pavos, los soltó de

las estacas y con la misma guita les ató a cada uno las alas, de forma que les era imposible extenderlas o plegarlas. Y allí acabó su ferocidad. Al no poder rozar las alas por el suelo, como es preceptivo en todo pavo macho para hacer la rueda de cortejo a las hembras y para pelear, los pobres pavos se sintieron poco menos que castrados y perdieron las ganas de pelear. Como se ve, el remedio no podía ser más simple.

Otros animales que integran el conjunto de bichos del averío son los conejos. Suelen venderse algunos cuando hay muchos; pero por lo general se tienen más bien para el consumo familiar. Y se tienen con este objeto, porque prácticamente es la única carne que disfrutaban los campesinos a lo largo del año, aparte, claro está, de la del cerdo cuando se hace la matanza. Para que en un cortijo se maten pollos, pavos, corderos o cabritos tiene que ocurrir algo fuera de lo normal y cotidiano. Por ejemplo: boda, parto, bautizo, visita familiar, fiesta grande, esquilado del ganado o cosa por el estilo.

De no mediar un acontecimiento extraordinario que justifique matar un animal de más precio, la carne de consumo corriente es la de conejo, bien sea criado en la casa o cazado en el monte.

Aquí en este cortijo, como en muchos otros del contorno, crían y mantienen los conejos en un hoyo; el "hoyo de los conejos" que llaman, y que se encuentra a un costado del corral del ganado. A mi juicio, se trata del primer modelo de corral inventado por el hombre, cuando hace miles de años descubrió la artimaña de criar animales en cautividad para comérselos. Consiste, como su mismo nombre indica, en un gran hoyo abierto en el terreno inmediato a la casa, de tamaño y forma variable, según el capricho del constructor, aunque no se por qué razón predominan los de forma ovalada. Su profundidad oscila entre los dos y los tres metros.

En estos grandes hoyos abiertos a pico y pala, y con paredes verticales, viven los pobres conejos. Allí se les tira la comida, (hierba, alfalfa verde y desperdicios de toda clase de cultivos) y allí ellos nacen, crecen, se multiplican y mueren cuando los pillan y los matan. No ven a lo largo de toda su existencia a ningún otro ser viviente de la variada fauna que corretea sobre el terreno que rodea su cárcel subterránea. Únicamente pueden ver a los pájaros que pasan volando por encima.

Como consecuencia de este absoluto aislamiento, los conejos del hoyo se crían en estado de salvajismo integral, y con una tendencia exagerada a ocultarse en sus madrigueras en cuanto detectan el menor ruido en las cercanías del hoyo. De buenas a primeras es imposible verlos si uno se asoma al borde del hoyo con ánimo de curiosar. La única manera de poder contemplarlos, es echándoles algo de comida y acostándose en el suelo al borde del agujero, asomando sólo los ojos tras la barrera de espinos que defienden su entorno, y armarse de paciencia sin hacer el más leve movimiento o ruido. Al rato, cuando ya el cuerpo comienza a protestar por la incómoda posición, es cuando los conejos comienzan a salir de sus madrigueras en busca de la comida.

Las madrigueras se las fabrican los propios conejos minando en los testeros del hoyo, y además las hacen con cierto sentido previsor, no abriendo el agujero al mismo nivel del piso, sino algo más alto, de forma que cuando llueve y se encharca el suelo, no llegue a penetrar el agua en sus refugios inundándolos.

Después de leer esta interesante descripción del hoyo de los conejos, el lector estará impaciente por saber cómo demonios se las arreglaban los cortijeros para pillar los conejos cuando querían comerse alguno. Vamos a ello.

Los pillaban de la única forma que podían pillarse en un recinto de tan singulares características.

Cuando se tomaba la decisión de pillar conejos del hoyo, lo primero que se hacía era no echarles comida el día antes, para que juntaran hambre. Luego se armaba el artilugio de la caza.

El tal artilugio consistía simplemente, en colgar sobre las bocas de las madrigueras más tomadas por los bichos, esteras, tablas, o cualquier otra cosa que pudiera servir de tapadera a modo de compuerta. Estas tapas improvisadas se mantenían colgadas con una cuerda por encima de los agujeros, y cuando ya estaba listo el arte se les echaba de comer. Para el acto final de la caza era precisa la intervención de tantas personas como tapaderas colgantes se hubieran dispuesto. Personas que se tumbaban panza abajo al borde del hoyo, sosteniendo cada cual su cuerda, a esperar tranquilamente a que los conejos salieran de sus madrigueras y se pusieran a comer. Cuando ya todos los conejos estaban fuera engolfados con la comida, el director de la operación hacía una señal a los miembros del equipo, y todos arriaban al mismo tiempo las cuerdas sosteniendo las tapas. Las

bocas de las madrigueras quedaban obstruidas y los conejos no podían esconderse. El acto final consistía en descender al hoyo una persona ágil de manos y ligereza de piernas para ir pillando conejos. La rapidez de reflejos y movimientos era fundamental en el operador, porque los conejos del hoyo, aparte de correr como carretillas locas, daban saltos que cruzaban de un costado a otro.

A la vista de lo laborioso que resulta pillar los conejos del hoyo, he tratado de averiguar las razones que motivan el uso de este tipo de corral tan primitivo, y me han dado varias. La primera de todas es que un hoyo no cuesta nada hacerlo y ahorra el gasto de una obra de otro tipo. La segunda es que, si se echan los conejos en el corral, siempre acaban minando y saliéndose a la calle, aparte de que los minados pueden debilitar las paredes. La tercera razón, que a mi juicio es la de más peso, es que siempre hubo hoyos de conejos en los cortijos, y esto ya justifica que siga habiéndolos. La rutina no deja de ser una buena razón.

